



VINCULACIONES

PARA UNA ECOLOGÍA DE LA PRESENCIA

disposiciones



l.

La eco-ansiedad sería el mal de nuestra generación. Cuando el flujo catastrófico de información sobre el cambio climático se opone a la impresión de que este mundo es imposible de cambiar, se nos va la olla. Nos obsesionamos con cualquier cosa que esté lo suficientemente cerca de nosotros para controlarla: cero residuos, veganismo, transporte público para los pobres, coches eléctricos para los ricos, calles peatonales para los buenos ciudadanos, marchas por el clima, porque necesitamos actuar juntos como sociedad.

Estamos asistiendo a una desviación importante. Nuestra preocupación por el mundo se transforma en patología y nuestro deseo de cambiarlo en propuestas impotentes. La fuerza de las escapatorias que se nos proponen proviene del hecho de sabernos vinculados al resto del mundo viviente. Nos habita la preocupación por no destruir lo sagrado, el deseo de vivir en otro lugar que no sea en medio de un mar de cemento, comiendo verduras transgénicas y carne de mataderos industriales. Desvían la autenticidad de nuestra sensibilidad, el sentimiento que nos atraía diciéndonos que actuemos, que encontremos formas de vivir que no destruyan lo que vive sino que generen más vida.

LA CRÍTICA MUY DE MODA en la izquierda, que consiste en que las acciones individuales son inútiles y que nuestra única ventaja reside en la acción gubernamental, no tiene más interés para nosotros que el impulso de culpa y sacrificio típico de los grupos activistas.

La hipótesis que queremos profundizar para llevarla a sus conclusiones políticas se sitúa en la invención de formas de vivir en y en contra de esta época catastrófica. Dado que aún no se han aclarado las formas de hacerlo, intentamos aquí empezar a despejar el terreno.

Aunque nos alegremos que cientos de miles de personas sientan el deseo de actuar, de comprometerse a cambiar sus vidas, de asumir riesgos y de salir de su zona de confort, esta energía ha sido hasta ahora desviada. Uno tiene que saber que la hormigonización del mundo y la destrucción de los seres vivos, así como nuestra incapacidad de producir para alimentarnos, no son accidentes del destino, sino proyectos políticos de enriquecimiento para la desposesión. Detenerlos no será fácil. Hasta ahora nada ha cambiado porque nuestra fuerza ha sido capturada por todo tipo de soluciones que son tan patéticamente impotentes como irresponsables.

Frente a la "crisis", se nos sugieren dos propuestas. Por un lado, un ecologismo activista de reivindicaciones, en el que reclamamos a nuestros gobiernos que actúen para salvar la situación, y por otro, un ecologismo individual en el que cambiamos nuestras prácticas de consumo a través de decisiones cotidianas.

Es en la debilidad efectiva que coinciden estos ecologismos. El principal reto no puede ser el de ser escuchado, el de ser percibido por la opinión pública: todo el mundo es consciente del desastre. Los medios de comunicación, los ingenieros, los políticos y los jefes son conscientes de la magnitud del problema y todos pretenden aprovecharse a su manera. Además, una práctica política ecologista no puede conformarse con querer "prevenir" el cambio climático.

El clima ya está cambiando, como testifican los veranos y deshielos, huracanes y incendios forestales. En cualquiera de las dos posturas, nuestra capacidad de actuación es tan limitada que nuestras acciones prácticamente no tienen ningún impacto en la magnitud de la catástrofe.



El CAMBIO CLIMÁTICO consiste en ciclos de retroalimentación a largo plazo. Incluso si hoy en día dejásemos de producir gases de efecto invernadero, viviríamos décadas de violentos cambios climáticos. La cuestión no es tanto cómo prevenirlo si no cómo habitarlo. El cambio climático facilita dos opciones para la economía y el gobierno: o bien socava sus legitimidades, o bien refuerza sus dominios sobre nuestras vidas. Permanecemos en una etapa de indeterminación.

Creemos que la lucha ecologista debe librarse en dos frentes, inseparables el uno del otro. Debe perjudicar el curso de la normalidad económica, la de la explotación y la destrucción de los seres vivos. Dañar, y a través las acciones subversivas- bloqueos y ocupaciones, huelgas y sabotajes - desarrollar otras formas de vivir. Apegarnos a los lugares, inventar otras formas de ser, nuevas sensibilidades, nuevas formas de relacionarnos con uno mismo y con los demás, que nos entrelazan y a las cuales nos vinculamos. Por encima de todo, aprender a defenderlas, y desde esta nueva posición, inevitablemente hacer daño. Aprender a organizarnos a partir de nuestras necesidades y luego, poco a poco, tratar de responder a las cuestiones colectivas planteadas por la conjunción de la vida y la lucha, alejándose gradualmente de la separación funcional característica del activismo clásico.

Las posiciones ecologistas habituales sugieren que el esfuerzo militante se sitúa en el plano de los valores, de la dirección de la acción. Sin embargo, ¿la lucha ecológica no consiste también y sobre todo en un trabajo de restauración de nuestra presencia en el mundo: y por tanto, de nuestra capacidad de actuar en y sobre la situación, de nuestra potencia? Aunque esta comprensión falta con demasiada frecuencia en el ecologismo clásico, nos parece que el eje de la lucha ecologista se encuentra precisamente ahí.

Aquí vemos el gesto como un vector: la ética es su orientación mientras que la potencia es su grandeza. Los tiempos dictan la dirección, pero sólo volviendo a poner lo que llamamos potencia en el centro de las discusiones, la ecología puede volverse política.

Una orientación sin grandeza, una ética sin potencia sigue siendo moral. No se preocupa por lo que implica la realización del buen vivir, no intenta actuar sobre el mundo. Sólo le interesa designar lo que hace y lo que le rodea como bueno o malo. Entendida así, una lógica moralista no se traduce en la búsqueda y experimentación de otras formas de vivir y luchar, sino sólo en afectos y juicios que consuelan (¡hago mi parte!) o que culpabilizan (somos monstruos...). Es la diferencia entre juzgar que tener una camioneta supone un gesto bárbaro de contaminación y saber que es una manera de desarrollar la infraestructura que nos permite vivir de otra manera. Para que nosotros también tomemos las carreteras que se utilizan en el proceso de extracción de recursos, para bloquear la economía en la tierra robada que habitamos.

También es la diferencia entre sentir una sensación de pánico y urgencia combinada con una sensación de impotencia, y saber que los elementos que componen la vida mágica ya están esperándonos, sabiendo que estamos actuando a largo plazo.





¿A QUÉ LLAMAMOS "FIN DEL MUNDO"? ¿Es el fin del mundo industrial "el fin del mundo" (como afirma la colapsología), o lo que llamamos imperio moderno/colonial es en sí mismo la realización del "fin de los mundos", la creación de un no-mundo liso y sin experiencia? En lugar de pedir, mediante la movilización de afectos nihilistas, "otro fin del mundo", pensamos en el apocalipsis como un proceso que está en marcha desde el inicio de la colonización de las Américas, y pretendemos acabar con la idea de fin del mundo. Imaginemos lo que podría contener el final del fin del mundo. Reparar el nuestro significa crear tantos nuevos.

Ya en los años sesenta, los estudios sobre las impresiones del "fin del mundo" distinguieron entre apocalipsis sin escatón y apocalipsis escatológicos. Las concepciones del fin del mundo más extendidas cultural e históricamente son las que suponen un apocalipsis escatológico: perciben el fin del mundo como el anuncio de una regeneración de la existencia -milenarismo, profetismo decolonial, mesianismo judeocristiano-. Son fines del mundo que, en cierto modo, están llegando a su fin. El tono apocalíptico característico de la modernidad occidental - tematizado como nauseabundo, absurdo - del que la eco-ansiedad es una nueva manifestación, produce típicamente impresiones del fin del mundo que no se acaba, salvo con la extinción de la especie, que no puede tomarse propiamente como el fin.





II.

Para ir más allá de la idea de una crisis inminente y permanente es necesario construir, contra los ecologismos impotentes, una ecología política que sea capaz de asumir el reto al que nos enfrentamos. Así como de analizar la trama en la que se juegan las propuestas de los ciudadanos y de los Estados, tanto de los que quieren "salvar el medio ambiente" como de los que pretenden controlar los recursos para gestionarlos mejor, es decir, para administrar el desastre.

¿DE QUÉ OTRA MANERA se puede hablar de "naturaleza" a los sujetos metropolitanos? Los únicos seres vivos no humanos que perciben son componentes del paisaje, animales domesticados que los esperan todo el día o parásitos que les dan miedo. A través de las redes sociales aprenden que deben dejar de usar pajitas para salvar a las tortugas.

Actualmente, el sentimiento general se relaciona con lo que llamamos una ecología de la ausencia. Desde esta perspectiva, debemos defender "La Naturaleza": un objeto puesto a distancia, formado por especies y hábitats distantes y alejados de nosotros, de nuestras realidades. El problema aquí es estadístico, se nos arrojan cifras, porcentajes de gases de efecto invernadero, unos grados más, unas cuantas especies más al borde de la extinción. Se nos muestra una representación abstracta de la naturaleza, una imagen que supone su desfiguración, que todo es muy triste y que este horror es culpa nuestra. Esta catástrofe ecológica no está territorializada: se aplica en todas partes y "todo el mundo debe poner su granito de arena para que las cosas cambien". Al señalar con el dedo a todo el mundo, los culpables se diluyen y desaparecen entre la multitud.

El propio uso del término "medio ambiente" refiere a la separación entre la humanidad y el resto de los seres. Refiere a lo que rodea al "Hombre", lo que lo distingue de los demás. Esta concepción del mundo, lejos de ser universal, forma parte de la separación característica de la modernidad colonial por la cual el ser humano es arrebatado de lo vivo y no-vivo. Si el ecologismo es producto de esta separación, es porque, una vez aislado,

el individuo tiene "la posibilidad de elegir", puede desprenderse de toda responsabilidad sobre lo que le permite vivir, olvidándose del carácter fundamentalmente relacional de toda forma de existencia. También puede considerar el medio ambiente como un objeto que hay que proteger y salvar, y creer que así crea un vínculo con "su entorno" mediante el artificio de su voluntad. En ambos casos, sigue siendo humano por un lado y "naturaleza" por otro: la explotamos o la defendemos. Pero en ningún caso la encarnamos, la habitamos, nos situamos en ella. Ya sea para explotarlo o para protegerlo, el medio ambiente nos sigue siendo ajeno.

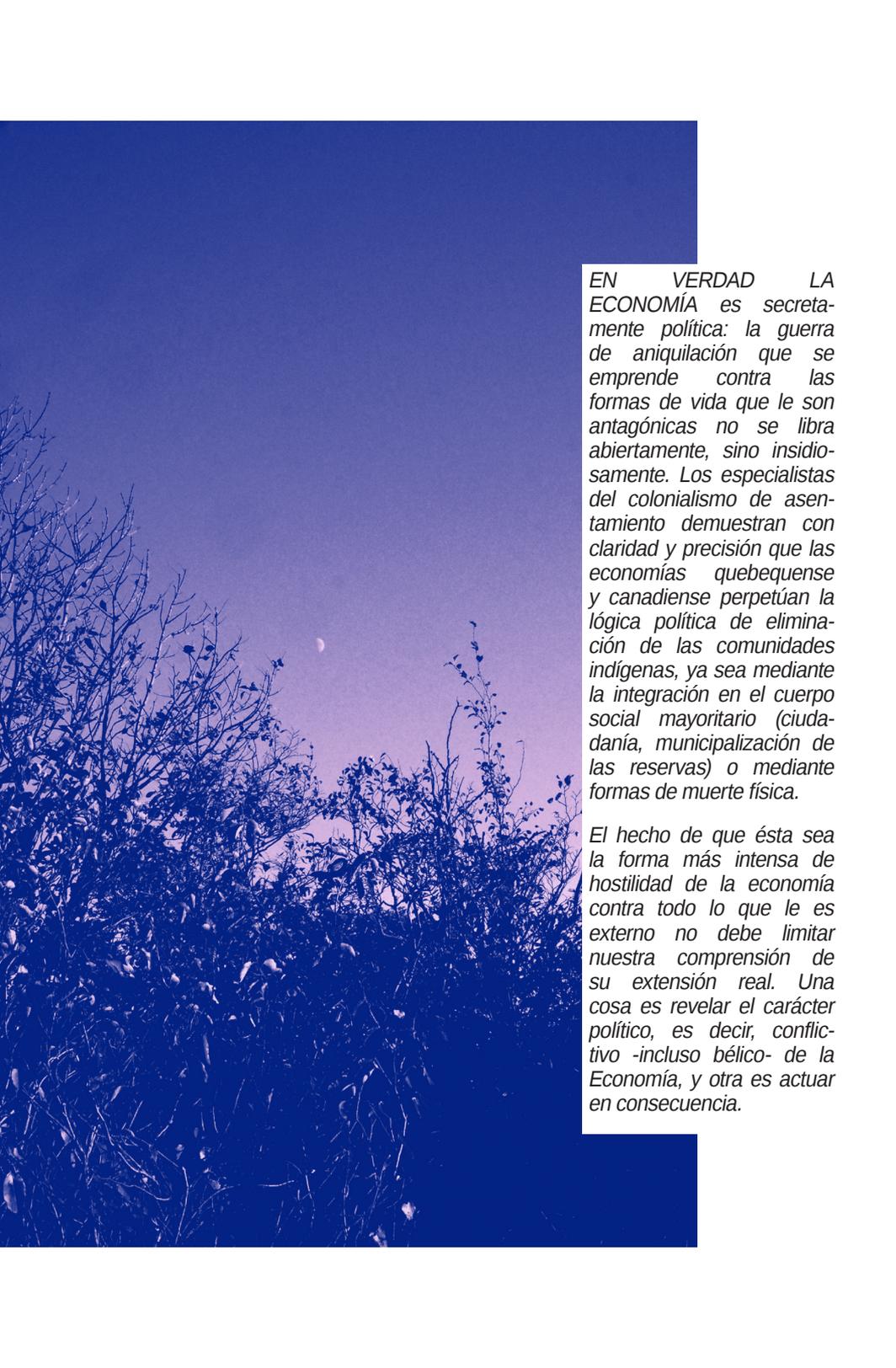
Es en esta trama que han surgido dos ambientalismos, el individual y el gubernamental. Dos melodías distintas, pero que cooperan. La primera es la de las duchas de 5 minutos, la de la huella de carbono, la de los blogs cero residuos. Es la que compra tofu biológico que deforesta el Amazonas en vez de tofu que deforesta el Amazonas sin ser biológico. De este ecologismo individual, no surge ningún horizonte político. Solo queda un individuo aislado y angustiado, armado de su simple poder adquisitivo para acabar con el ecicidio.

La segunda es la de la gestión adecuada del desastre, la del Estado héroe que rescata a la humanidad, a los osos polares-caribúes-belugas, que endereza una economía desajustada mediante la prohibición progresiva de vehículos contaminantes y impuestos al carbono. El Estado, como dispositivo de toma del afecto ecologista, consigue difundir cualquier política como una medida que promueve a largo plazo la transición verde. Y puesto que, según la lógica, la Economía permite dicha transición, cualquier medida que promueve la salud de la Economía favorece la transición. Como el hecho de construir un oleoducto para financiar la energía verde, o un puente para reducir el tráfico.

SI LA PRIMERA RECONOCE la importancia de las orientaciones políticas de la economía, ignora la importancia de la economía en el aparato gubernamental. Si el segundo ve la posibilidad de cambios concretos en la vida cotidiana, tiene un alcance limitado a la medida de su poder adquisitivo. Estructurar la oferta (prohibir, regular, gravar) o actuar sobre la demanda (boicotear): la lógica de la ecología sigue, por el momento, dependiente de las consideraciones económicas.

Es costumbre acusar estas perspectivas de no centrarse en el nivel de análisis adecuado: para unos debemos enfocarnos en los problemas macroscópicos, para otros debemos conformarnos con aportar cambios a pequeña escala que producen cambios a gran escala. El problema no es el nivel de análisis, sino el hecho que, sea cual sea el nivel, siempre es desde el punto de vista de la economía que se desarrolla el pensamiento. El sello del liberalismo, el pensamiento por excelencia de la Economía, es hacer de la competencia la única forma de relación antagonica.

Para desarrollar un pensamiento verdaderamente político sobre la ecología, la noción de conflicto debe ser central a nuestras preocupaciones. Hay que sacarla del ámbito económico, para que forme parte no sólo de la "política", sino de la vida misma, entendida como un fenómeno político. Porque no se trata de convencer o "vender mejor", no se trata de ganar el debate. Se trata de defender las formas de existencia contra lo que niega sus posibilidades. Se trata de luchar y derrotar al enemigo (que adopta muchas formas, tanto dentro como fuera de nosotros).



EN VERDAD LA ECONOMÍA es secretamente política: la guerra de aniquilación que se emprende contra las formas de vida que le son antagónicas no se libra abiertamente, sino insidiosamente. Los especialistas del colonialismo de asentamiento demuestran con claridad y precisión que las economías quebequense y canadiense perpetúan la lógica política de eliminación de las comunidades indígenas, ya sea mediante la integración en el cuerpo social mayoritario (ciudadanía, municipalización de las reservas) o mediante formas de muerte física.

El hecho de que ésta sea la forma más intensa de hostilidad de la economía contra todo lo que le es externo no debe limitar nuestra comprensión de su extensión real. Una cosa es revelar el carácter político, es decir, conflictivo -incluso bélico- de la Economía, y otra es actuar en consecuencia.

Estas ecologías de la ausencia son producto del espectáculo, y sólo refieren a la representación de la "naturaleza" que vemos en la televisión, en internet. Se sustentan la falta de poder que tenemos sobre nuestras vidas, nuestra falta de conexión con lo que nos alimenta y lo que producimos, nuestra amputación a un mundo, al dolor del arrancamiento. Son parte del desierto que es la economía, hacen de nuestra atomización una condición de posibilidad para sus propias existencias. Por lo tanto, en este contexto, la defensa de una posición "ecológica" no implica una territorialidad real, una presencia, un apego a un mundo poblado de relaciones, en definitiva, una posibilidad de conflictividad concreta. Por eso estos ecologismos, tanto estatales como ciudadanos, no saben señalar más que designarnos a nosotros mismos como el problema. A este respecto, algunas amigas escribieron recientemente: "Es una lucha sin conflicto, sin antagonismo (además, no es una lucha). Estos ciudadanos se creen todos de acuerdo y todos culpables (es lo propio de la ciudadanía)".

De esta concepción del mundo -sin más culpables que nosotros mismos- sólo puede surgir una política de sacrificio. Una política de arrepentimiento, de desolación. Dejar de volar para viajar mientras que los ricos viajan a diario en jets privados, reducir la calefacción de nuestros pisos y casas arrastradas por las corrientes invernales, negarse a aceptar un folletín dentro de una manifestación cuando los grandes periódicos capitalistas imprimen cada día millones de páginas dedicadas únicamente a la publicidad. O bien, de modo activista, encadenarse a un poste hasta ser arrestado, torturándose en la arena pública e intentando escandalizar al espacio mediático y a los políticos, que olvidan tan rápido como guiñan el ojo.

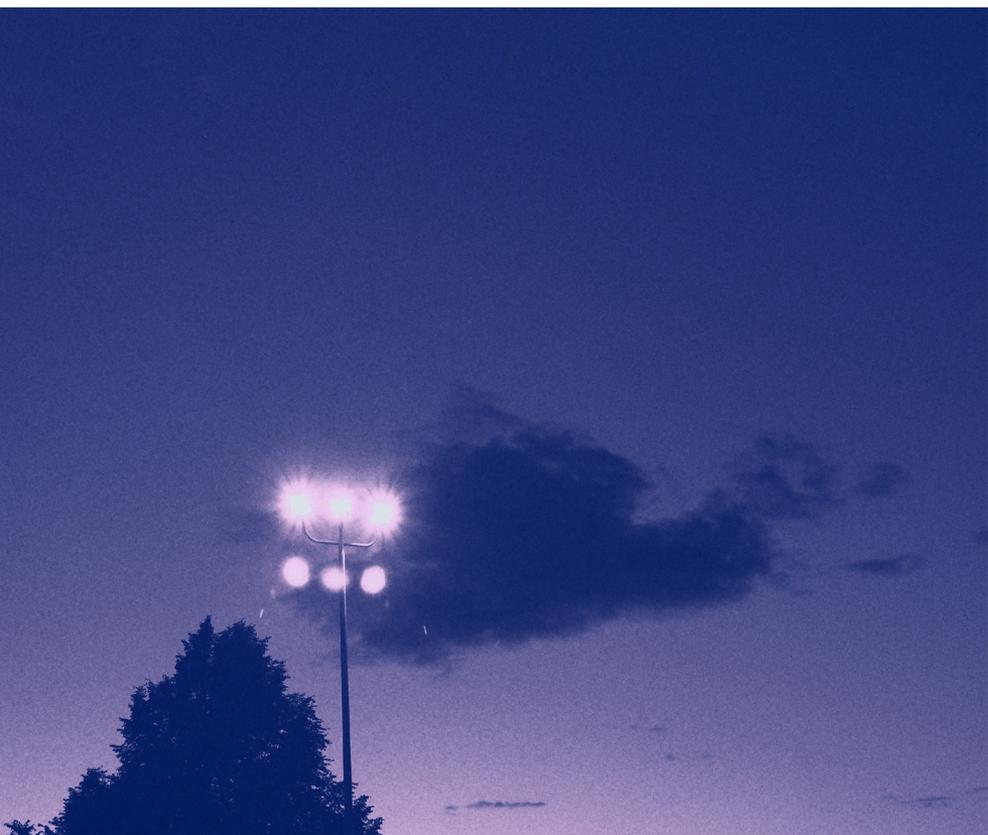
Desde esta visión del mundo -sin más culpables que las víctimas del cambio climático- rápidamente llegamos a vernos a nosotros mismos como los culpables. Si el pecado original que nos precede es el de haber ensuciado la "Naturaleza", también llegamos en este mundo siendo pecadores que repiten los gestos prohibidos. Las nuevas formas de sacrificio presentes en el activismo medioambiental, aunque puedan dar la sensación de expiar los pecados cometidos, no harán suceder un mundo mejor.

Esta lógica política también forma parte de la lógica de la reivindicación, la de los desposeídos que mendigan, que solicitan, que sueñan y esperan. Los que reclaman saben que ya se han desprendido del control que tenían sobre la situación, o que les ha sido arrancado de las manos. En definitiva, se saben desposeídos de la posibilidad de actuar. Entre una petición en la que se pide a los gobiernos de hacer algo, y una acción de encadenamiento frente al parlamento, existe una diferencia de medida, las dos se unen bajo el paraguas de la debilidad.

Todo poder es inseparable del poder de ser afectado. Encontramos potencialidades en nuestra sensibilidad compartida: el sentido de urgencia que nos impulsa a buscar nuevas formas de vivir, a querer cambiar este mundo, el sentimiento de formar parte de él, que nos impulsa a actuar, a arriesgarnos. ¿Cómo podemos desengancharlos? Las vías sugeridas por el orden existente -llámese como se quiera, Imperio, capitalismo, modernidad colonial, patriarcado blanco, mundo cosmófago- nos parecen captar aquellos afectos que pueden facilitar el buen vivir.

Ni culpables ni víctimas: habitamos los cambios climáticos. Vemos que este momento de desilusión causado por la dirección tomada durante los siglos pasados es también uno de potencialidades infinitas. Cada una posee una pequeña posibilidad de detener el curso de la catástrofe. Organizando el pesimismo, que es el afecto fundamental de la época, y dándole una consistencia creativa, podemos esperar que surjan otros mundos. Ante todo debemos crear una ruptura con éste. No hemos elegido ser arrojados a un mundo que parece condenado a su propia destrucción, pero podemos elegir de continuar o de acabar con él.





Asumir la responsabilidad de esta situación, y dentro de ella, parece ser la única opción. En la llamada "América del Norte", los pensadores indígenas del resurgimiento escriben sobre el tema de la responsabilidad. Para ellos y para nosotros, la responsabilidad se ve como una posibilidad de la vida misma, se entiende como la exigencia del buen vivir. La responsabilidad supone vivir de manera a promover renacimiento, revitalización, reciprocidad y respeto. Esta responsabilidad es intrínseca a las relaciones que nos unen a otros seres humanos y al resto del mundo, y la interdependencia está al centro de su concepción de toda forma de vida. En este sentido, se distingue de la responsabilidad de culpa/culpabilidad/vergüenza, ya que no está designada por la autoridad legal o moral, sino que surge de la exigencia de que nuestras vidas están entrelazadas con las de los demás, con el mundo del que formamos parte y con el resto del universo.

Salir de las garras de la culpa (vivir en un mundo que devora a los demás) es necesario para responder a la situación climática, que no se despliega como un mandato moral, sino que incumbe la forma de ser. Para existir en acto, para vivir una vida que regenere a otros, que genere más, una vida que nos sostenga, no podemos seguir permitiendo que nuestras sensibilidades y las posibilidades que contienen sean capturadas por los dispositivos del poder. Nuestros medios de acción deben prescindir de las instituciones y nuestra fuerza debe medirse por nuestra capacidad de cuidarnos los unos a los otros, de cuidar de nuestro mundo y de nacer con él.

Es cuando las comunidades sostienen que ellas mismas forman parte de este territorio, de este bosque, de este río, de este barrio, y que están dispuestas a luchar, que la posibilidad política de la ecología se presenta como una evidencia. Para que la ecología sea verdaderamente política es necesario plantear la siguiente pregunta: ¿qué es lo que permite a tal o cual entorno vivir una vida buena, aumentar su felicidad? Y, por el contrario, ¿qué es lo que lo amenaza, lo que le hace la vida difícil? El conflicto, presente en cualquier configuración política, surge esencialmente de la respuesta a estas preguntas. Sin distinguir entre los enemigos y amigos de la vida que habita un territorio, sin considerar el poder necesario para la victoria en un conflicto, la ecología está destinada a seguir siendo una cuestión de principios.

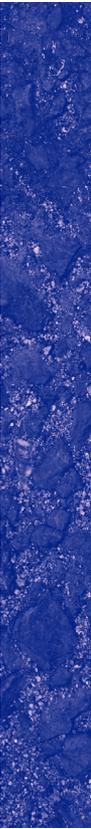


AUNQUE HAYA PARECIDO durante tiempo que las infraestructuras, la lucha política, la organización y la ampliación eran las que requerían mayores esfuerzos, quizás sea la otra dimensión, la de la presencia plena, de la cual estamos más distanciados. Nuestras relaciones, nuestros pisos compartidos y nuestras reuniones políticas, las hemos vivido como fantasmas, como presencias embrujadas por nuestras obligaciones, por nuestras tareas, por pantallas que capturan atención.

Un antropólogo italiano escribe que el punto de partida de todo pensamiento y práctica de la magia es este entendimiento de la presencia al mundo no como un dato estable, sino como un hilo frágil que puede romperse o restaurarse mediante objetos, hechizos y conjuros. Mientras que la magia parecía haberse alejado completamente del mundo, los dispositivos de hechizo se encuentran a nuestro alrededor, en los bolsillos de todos.

El uso activista del miedo al teléfono como dispositivo de vigilancia refleja una infinita parte de lo que hace que estos objetos sean peligrosos. Las máquinas nos ofrecen una realidad intensificada, proximidad e intimidad destiladas, palpables a la velocidad de lo inmediato. Si estos fragmentos tomados de la vida, luego traducidos por pantallas de luz, parecen no pedirnos nada, ¿cómo es que nuestras máquinas están extrañamente vivas, y nosotros espantosamente inertes frente a lo que nos rodea

Nuestro pensamiento sobre la buena vida debe enfrentarse a la desarticulación de los mecanismos (de los objetos, pero sobre todo de los usos de estos objetos) que nos alejan de una presencia más plena al mundo. Cultivar una mayor atención a lo que nos conecta, a esas cosas, a esas entidades, a esos hábitos, a esas relaciones que mantienen este mundo que habitamos y que sabemos frágil, sin el cual todos podríamos sencillamente perdernos, es lo que nos puede aportar una reflexión sobre la magia en relación con la ecología.









III.

La ecología no es un partido, sino un paradigma. Nos permite situar los hábitats en su interdependencia, en su relación recíproca. La ecología como tal no implica necesariamente bloquear las infraestructuras del mundo capitalista, ni impedir la explotación del petróleo o la destrucción de territorios para llevar a cabo proyectos mineros. Nos indica que debemos volver a aprender a ser indisociables del mundo, volver a centrar la atención y la sensibilidad en nuestra forma de ser. La ecología no plantea necesariamente los ecosistemas como lugares de conflicto, como espacios en los que se crean distinciones entre amigos y enemigos, y si lo hace, puede seguir siendo utilizada para apoyar la dominación. En el ámbito de la ecología, todavía es posible tomar partido por la economía, es decir, por la red de hábitos, objetos y personas que permite que el Imperio se mantenga. Que esta orientación se llame desarrollo sostenible,

transición energética, cortocircuitos o permacultura, no nos hacemos ilusiones en cuanto al papel que juega en el mantenimiento de la normalidad. Por supuesto, no se trata de oponerse a la permacultura o a los circuitos cortos, sino al hecho de que a menudo siguen siendo las únicas alternativas en el seno de la economía. Como siempre, debemos recurrir a la cuestión de los usos: hacer de ellos los medios de la lucha y no los de la estabilización del capital.

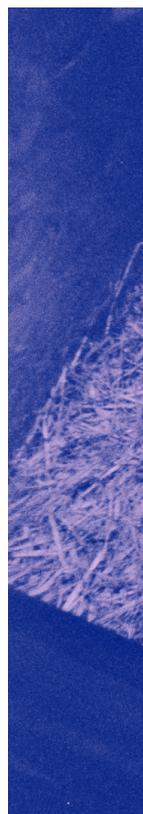
Si nos enfrentamos a los partidarios de la economía, no es porque nosotros seamos ecologistas y ellos no lo sean. Si también ellos parten de la premisa de que algo en el mundo tiene que cambiar para que nosotros sigamos viviendo, hay dos aspectos en los que nos oponemos radicalmente. El "cambio" que pretenden es sinónimo de innovación, la invención de nuevas técnicas que minimizan o "compensan" nuestro impacto en los hábitats. Su diagnóstico es estadístico; sus medios consisten sobre todo en la introducción de nuevos métodos de gestión. Lo que les preocupa es el hecho de permitir que la vida moderna siga su curso sin que se noten los cambios, sin que se sientan los efectos de la destrucción. Quieren

profundizar y reafirmar esta impresión de ausencia total en el mundo. Que todo siga funcionando, que la economía fluya, sin que nadie esté directamente implicado, sin que nadie tenga voz ni voto. Una transición ecológica que nadie notaría. En definitiva, que todo sea como antes, pero con un toque verde: aplastando fragmentos, aplanando mundos habitados por todo tipo de seres, para hacer una totalidad lisa (la sociedad) que se gobierne y administre a sí misma, que se explota y se rentabiliza. La ecología económica que sostienen es fundamentalmente una ecología de la ausencia. Por el contrario, para nosotros, cambiar implica volver a echar raíces en las prácticas por las que influimos los entornos que habitamos y que nos habitan, que vinculan nuestra vida al mundo. Para ello, reaprendemos formas de hacer que se resisten al distanciamiento que la modernidad ha intentado operar entre las comunidades y sus hábitats, entre los cuerpos y las comunidades.

NOSOTROS SABEMOS *QUE el hecho de relacionar a los seres humanos con el resto del mundo no es lo que hace que la ecología arriesgue nuestra época. De hecho, el paso de una ontología -una forma de ser- que sitúa a la naturaleza por un lado y a la cultura por otro, a una ontología relacional, en la que se fundan relaciones de dependencia, cooperación, depredación, etc., ha sido en gran medida relacionado a la ciencia de los sistemas, en la que la ecología se ha desarrollado como una herramienta para la gestión gubernamental de los territorios: ¿cómo minimizar las consecuencias de la explotación de la tierra y aumentar así constantemente la extracción de valor?*

SI TENEMOS QUE ELEGIR, preferimos la posibilidad de una crisis climática bien definida, que vaya más allá de los mecanismos del Estado y exige una reconfiguración de la vida, la creación de vínculos, el replanteamiento de nuestras costumbres, a la de una extinción masiva tan bien gestionada que pasa desapercibida. Si tenemos que elegir, preferimos la ruina de la metrópolis global a la resiliencia de su transición verde.

El vínculo de pertenencia y responsabilidad que une las comunidades indígenas a sus territorios, los cuales hacen parte de su ser; el amor de los campesinos por la vida entrelazada y floreciente y su desconfianza ante el acaparamiento industrial de tierras; la irrupción insurreccional de los zapatistas contra el gobierno mexicano, la autonomía material y territorial de los kanien'keha'ka : estas existencias en acción son todas líneas que nos atraviesan. Todas estas tradiciones que alimentan nuestro imaginario de la ecología política se oponen a la visión de que ser ecologista equivale a minimizar nuestra "huella ecológica". Son ejemplos de la intensificación de la vida, son ecologías de la presencia.





NO ES POR motivos económicos o morales que los anishinabeg del parque de La Vérendrye se organizan para conseguir una moratoria de la caza del alce. Mucho más que un "recurso alimenticio" independiente de las redes de distribución del mundo colonial, quienes cazan en estos territorios conocen a los alces como seres que habitan el bosque y con los que deben mantener relaciones "diplomáticas", y que así vuelvan año tras año. El reto para ellos es luchar por no perder otra forma de conciencia, otra perspectiva que existe sobre y dentro del bosque, "no quedarse solos", como dijo una amiga.

Defender los territorios significa necesariamente aprender a habitarlos y a la inversa, habitar de verdad requiere defender los territorios. Los experimentos políticos a los que acudimos para descubrir otras formas de vivir requieren que nos conectemos, que nos apeguemos. Y es que vivir bien se refiere a la vida en un sentido que va más allá de uno mismo - "vida"-, una vida múltiple. El buen vivir implica a todas y cada una de nosotras en una vida común. Lo que entendemos por una ecología política del habitar es también una lucha inseparable por la vida. Inseparable, porque ya que su impulso surge de la vida misma, que se defiende, que florece y cae en semilla. Inseparable, porque esta ecología política no puede pensarse sin el resto del mundo que habita. Sabe que está vinculado a ella. La lucha y la vida no volverán a estar en manos de quienes la destruyen.

Por eso, la no-violencia proclamada como principio absoluto por los grupos mayoritarios es tan irresponsable como inofensiva. En este mandato de desapego, las cuestiones tácticas y estratégicas que deben relacionarse con cualquier contexto, con cualquier situación, son sustituidas por un cobarde sacrificio. Dar su nombre a la policía o ponerse a sí mismo tras las rejas son dos maneras bastante eficaces de impedir que uno pueda actuar. La lógica del sacrificio implica necesariamente una delegación de la responsabilidad, y no la toma de control de la situación, como puede parecerlo a primera vista. Es una invitación a ser débil, a poner el problema más importante del siglo XXI en manos de los culpables. Para poder proclamarse pacífico, es necesario poder desplegar fuerza. Llamarse pacífico sin tener la capacidad de ser violento significa simplemente ser impotente.

DE PASO NOTEMOS la visión a corto plazo que supone el hecho de dejarse arrestar. Los activistas de estas organizaciones medioambientales se meten, tras sus acciones directas, en un lío judicial que les impide continuar con sus actividades. Aún sabiendo que la lucha tendrá que emplear un día medios más radicales, se condenan, por sus condiciones legales, a ser espectadores de la misma. Delegación y redelegación. La voluntad de auto-sabotaje es probablemente el mayor punto en común entre los grupos activistas y la civilización occidental.

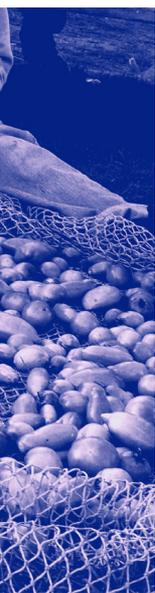
A la moral militante de sacrificio, oponemos la exigencia de formas de vida extáticas. El ecologismo, un discurso cada vez más popular entre grupos ciudadanos e instituciones gubernamentales, conlleva los rasgos de la política de debilidad que pretende sabotear cualquier intento de organización real, todo aquello que requiera el despliegue de fuerza concreta. Hacer más, tener un mayor impacto, cuidar mejor, sentir más. Buscar dinero, conseguir edificios y terrenos de uso común y ver florecer la vida. Pensar estratégicamente, darse los modos de producir un eco. Luchar, golpear más fuerte, usar las armas adecuadas. Robar para vivir y aprovechar del tiempo libre. Viajar en coche, en avión, para reavivar las brasas de viejas amistades. Encontrar compañeros en los lugares más inesperados, volverse sensible a la comunidad que circula, a la comuna que está presente en todas partes.



Éxtasis: beatitud provocada por una salida, un cambio en lo que se nos ha hecho como "a sí mismo", como "posición social", como "identidad". Salida del mundo de las mercancías. Lejos de toda concepción liberal, una ruptura con la "sociedad", por lo tanto necesariamente con "el individuo" que no es más que su unidad más pequeña. Secesión con el vacío. Alegría. Por una vida que se desborda y nos arrastra con ella.



La comuna, planteada como línea de fuga permite la elaboración de formas de vida ecológicas y sensibles. La comuna es una fuerza de gravedad, un peso que atrae y acoge a quienes la buscan, que les ayuda a continuar. Se materializa en aperturas, espacios para invitar y convidar, comidas y comedores compartidos. La comuna crea las ocasiones en las que nos reunimos, en las que nos mostramos lo que escribimos por la noche, lo que nuestra tía nos enseñó sobre los ciruelos, cómo afilar nuestros cuchillos de madera, como enlatar salsa de tomate, cómo tejer mantas para el invierno. Para desarrollar formas consistentes de autonomía material y política, necesitamos compartir espacios, tierras y terrenos abandonados, edificios, iglesias, casas y parques. La posibilidad de dañar este mundo reside en nuestra capacidad de crear espacios habitables, de constituir la circulación de cuerpos, afectos, ideas entre estos puntos de malla en un poder material autónomo. Una posibilidad capaz de suspender definitivamente el progreso de la catástrofe.



Los esquemas clásicos de la revolución quieren que la economía pase de manos de la burguesía a las del proletariado. La situación actual muestra que la economía es el centro del problema: su infraestructura masiva y mortífera, su lógica pacificadora y niveladora, su fuerza de captura y despojo, su empobrecimiento de la experiencia. Que la gente pueda vivir y ser feliz es lo que está a la base de nuestra idea de revolución: sustraerse a la economía y al gobierno, forjar alianzas con las formas de vida implicadas, desarrollar ecosistemas florecientes y contagiosos, lejos de las lógicas del progreso y de la normalidad gubernamental.

Mientras que los activistas ecologistas llevan años insistiendo para destacar la incompatibilidad entre el capitalismo y el medio ambiente, ahora nos resulta que el problema de la ecología puede ser manipulado para encajar perfectamente en el proyecto colonial moderno de ausencia al mundo, de desposesión generalizada. Con el pretexto de reducir la huella ecológica, un requerimiento a desaparecer.

Las ecologías de la ausencia hablan de lugares dónde no estamos, nos llevan a otro lugar, a un vacío. Nos consumen y nos proponen consumir de otra manera. Pueden ser cobardes o valientes, pero nunca se ponen en juego. Son testigos de la masacre del mundo y se alojan en ella. Lo contrario de las propuestas políticas de la ausencia son las que se encarnan en los lugares, que no solo son pura circulación de mercancías o representaciones espectaculares, las que no se conjugan en primera persona.

La cuestión de la presencia, que queremos situar en el centro de nuestra comprensión de la ecología, se refiere a la noción de acción política. Entender la catástrofe medioambiental como un problema que hay que resolver y tener como objetivo la derrota del cambio climático, permanece como un olvido de sí mismo proyectado sobre el mundo.

Lo que hay que restablecer no es el clima, sino nuestro apego al mundo. Lo que hace que la catástrofe sea posible, tanto como lo que nos hace indiferentes a ella es nuestra falta de atención, nuestro desapego al conjunto que somos y que nos constituye. La suspensión del mundo descansa en la atención al cómo, está en la forma y no en la finalidad, en el uso cotidiano, en la presencia inmediata en las intrincadas maneras en las que se crean los mundos (y en la alegría de aprender a jugar en ellos).

Una ecología de la presencia se despliega en un doble movimiento, el de un apego material y existencial al mundo que habitamos. Posiciones y disposiciones. Hacerse presente es una práctica que consiste en romper con la ausencia al mundo a través de la elaboración de nuevas sensibilidades, pero también de nuevas posiciones desde las que actuar, de nuevas consistencias. Hacerse perceptible y estar dispuesto a ser percibido. Afecto y poder, orientación y grandeza. No se trata de "dos frentes" que llevar, sino de la explicación práctica del doble sentido de las palabras "presencia", "sensible".

La totalidad sólo puede ser gobernada, gestionada. Agarrarse a un fragmento real del mundo vale mil veces más que agitarse en el vacío, esperando que el enemigo actúe en contra de sus propios intereses. Y es que este apego, además de ser la condición de posibilidad de cualquier práctica eficaz y responsable, también aporta la alegría de restaurar la textura de la vida, de densificar nuestra presencia al mundo.



*Escrito cerca del río,
entre la temporada de las conservas y de las
primeras heladas*

Impreso en Montreal, 2020

*esta revista está disponible en formato
electrónico en*

www.contrepoints.media

escribanos a 10positions@riseup.net

DISPOSICIONES

UNA COMBINACIÓN DE PERSONAS Y COSAS. LA MENTE INCLINADA. VULNERABILIDAD, SABER MOSTRARSE DISPONIBLE. UN USO COMÚN, UNA PREPARACIÓN PARA EL COMBATE... ..Y LO QUE SEA QUE SE INTERPONGA EN NUESTRO CAMINO, ¡ADIÓS MUY BUENAS!





Mientras la cuestión ecológica está en boca de todos, en todas las pantallas, los grupos ecologistas llaman a sus activistas a sacrificarse para salvar a la "Naturaleza". Sus exigencias de entrega de si mismo, de no-violencia, se articulan con sus posiciones políticas abstractas, sin territorio, procedentes de una naturaleza fantaseada. Frente a esta política de la impotencia, este ecologismo técnico de la transición, este texto propone una ecología política que nos permita ir más allá de la catástrofe: una ecología de la presencia.

***NO HEMOS ELEGIDO SER ARROJADOS A UN MUNDO
CONDENADO A SU PROPIA DESTRUCCIÓN.
PODEMOS ELEGIR
DE CONTINUAR O DE PONERLE FIN.***